

La agonía de la sociedad campesina

Un pueblo burgalés, con topografía vasconizante, al que llegan lobos y —según ciertas versiones— jabalíes en el invierno, se vende en bloque. Una forma de vida enraizada a un paisaje desaparece. Las nuevas generaciones serán integradas en la sociedad industrial, ávidas de una tecnología en la que creen hallar su liberación. Casi cinco siglos del binomio hombre-campo se quiebran en una subasta.

ZABALLA, UN PUEBLO EN VENTA

FERNANDO GONZALEZ

HACIA el Norte, y en la carretera Madrid-Bilbao, parece en un primer momento que la provincia de Burgos finaliza en Santa Gadea del Cid. A pesar de que posteriormente reaparece como provincia tras un recodo alavés, Burgos, el Burgos mesetario áspero y duro, muere en Santa Gadea. Muere como provincia y nace como Historia. Las mujeres de Santa Gadea, insensibles al armonioso conjunto de la cuna castellana, se ocultan del sol al arrimo de sus muros, sentadas en minúsculas sillas de enea. Casi se presiente el Ebro que, unos kilómetros más al Norte, atraviesa Puentelarra con una provincia en cada margen.

Al otro lado del Ebro, Castilla pierde su marchamo geográfico. La vegetación se espesa y abundan las flores en aleros y antepechos de las casonas alavesas. En Espejo o Bergüenda la construcción es maciza. Proliferan los balcones corridos de madera y los postigos reforzados con hierro forjado. Por un capricho más administrativo que geográfico, la provincia de Burgos —ya desprovista de su austeridad— sale al encuentro por última vez después de una serie de pueblos alaveses. La comarca de Berberana, y fundamentalmente el valle de la Losa, presentan una vegetación más acorde con la tipología vasconizante que con su entorno provincial. El burgalés valle de la Losa se extiende de Este a Oeste casi en las estribaciones del puerto de Orduña.

—¿Va usted al pueblo que venden? —preguntan en Berberana—. Y se alcanza a descubrir un cierto acento escéptico en la pregunta. No se acaba de descubrir, en las reticencias de los vecinos de Berberana, si la duda es por el pueblo o por el posible comprador.

Los pueblos de la España agrícola se venden —vacíos y abandonados— frecuentemente. Hay un

trasvase permanente de gentes del campo a los núcleos industriales. Un sistema de vida sucumbe ante otro más pujante, aparentemente más liberador. "Allí no se podía vivir", comentaría después uno de los vecinos del pueblo en almoneada. Se hace referencia a la nieve, al aislamiento, a la falta de asistencia médica. Hay una toma de conciencia del campesino respecto a la sociedad industrial. No la juzga, pero no consiente su marginación de la tecnología. "Allí —diría refiriéndose al pueblo en venta otro vecino— se veía malamente la televisión".

En Villalba de Losa el escepticismo es mayor y más interesado que en Berberana. Diversas fuerzas locales pugnan soterradamente para controlar la venta. En la tabernilla cercana a la iglesia, las dignidades municipales alternan democráticamente con un pintoresco rebaño de "gentes del camping" ("short" desfileado, visera bicolor, aire displicente). José, el alcalde, procura mantener un tono ecuánime. "Si quieren vender, que venden —dice—; hacen mucha publicidad, hasta se anunciaron en los periódicos de Madrid". El Ayuntamiento de Villalba de Losa apenas alcanza a los doscientos vecinos. "Ciento sesenta y siete votantes", dice Fidel, que ha actuado de vicepresidente de mesa el 15 de junio.

La economía de Villalba —y en general de casi todo el valle de Losa— se basa primordialmente en la patata. "Hubo que salir con los tractores a la carretera de Bilbao", comenta Germán, que es miembro de la Junta Administrativa. Además de la patata se siembran cereales, pero con escasa fortuna. Son tierras demasiado altas. La helada y las nieves tardías malogran cosechas año tras año. "Arriba —dicen refiriéndose al pueblo en venta— trabajan más la ganadería". La hospitalidad campesina, franca y cálida, alberga, no obstan-



En el campanil, abierto al Mediodía, penden dos campanas fechadas en 1818.

te, reticencias en la hora de las confidencias sobre Zaballa. Porque Zaballa es, naturalmente, el pueblo serrano objeto de la reñida subasta. "Si quieren vender, que vendan", repiten. Villalba de Losa es un pueblo desperdigado, carente de contornos. A caballo de una pequeña colina, enseña en la cumbre los restos inciertos de un castillo del que apenas se alcanzan a perfilar cimentaciones y algunos contrafuertes. Entre las ruinas se airean largas tiras de ropa tendida. La iglesia tiene un campanario doble, impersonal, y un cura compartido.

—Es medio comunista —afirma una mujer cuando se pregunta por el párroco—. Otros vecinos salen fiadores. "Vale mucho", dicen.

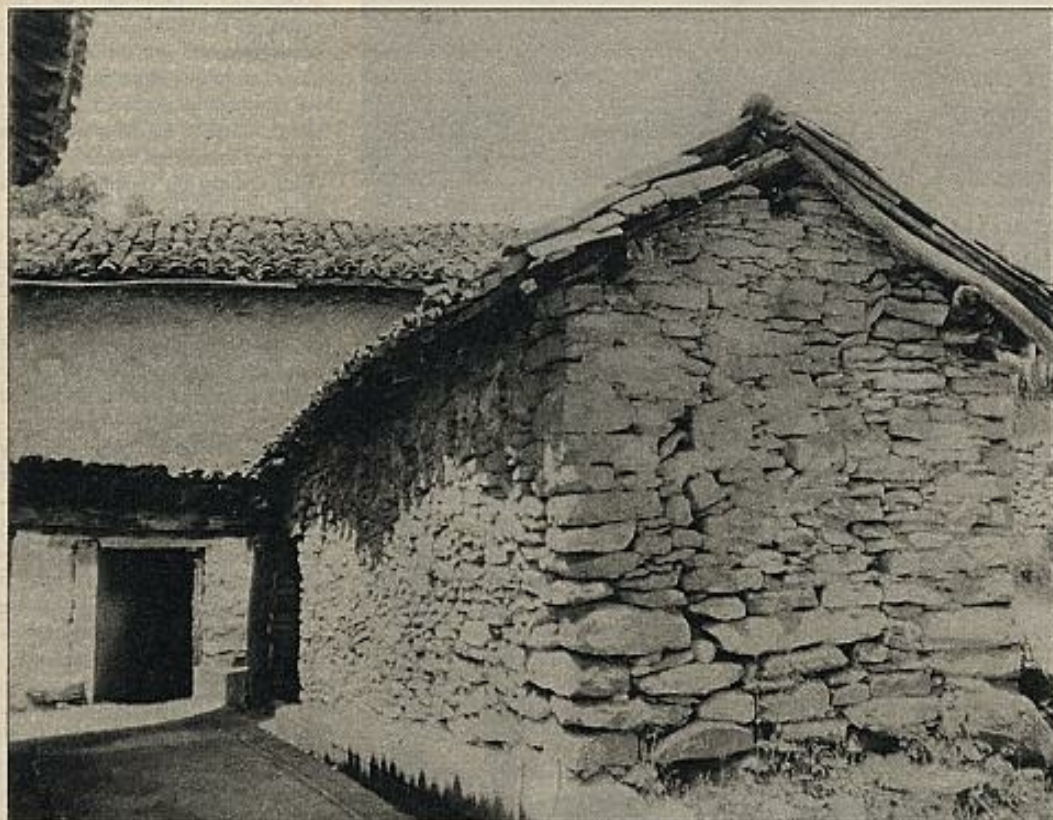
Casi a los pies de la tabernilla finaliza el camino asfaltado. En un extremo del pueblo, vergonzosamente oculto, hay un hotelito de "unos veraneantes". En la linde, rematada con un muro irrevocablemente pintado a tres colores, arranca el camino que aproxima a los pueblos dispersos del Ayuntamiento de Villalba de Losa.

—¿Va usted a Zaballa? —preguntan las villalbinas que pastorean un puñado de ovejas—. Aquello no hay quien lo compre, está dejado de la mano de Dios. Ellos se creen que lo van a vender.

El camino a Zaballa sirve, en gran parte, para llegar también a Mijala, otro pueblo abandonado. (Hay un nuevo vecino, al parecer de Bilbao, que ha comprado casas y tierras para cultivarlas industrialmente.) El camino es de morillo y guijarros amontonados. "En la Diputación —dicen en Villalba— está

ya aprobado el asfaltado, pero con las cosas de la política de ahora, cualquiera sabe". El camino se encara con la sierra casi desde los últimos establos de Villalba. Al fondo, en los ribazos del riachuelo que circunda Villalba, la "gente del camping" rompe el silencio del valle con "Que viva España" en desafortunadas cassettes que repiten insistentemente.

"Si quieren vender, que vendan", dicen algunos villalbinos que ascienden a pie a Zaballa. Sin embargo, en el caserío serrano hay un reconfortante silencio. Una mujer de un vecino (el matiz diferenciador entre mujeres, familiares y "vecinos" es definitivo en Zaballa) actúa de guardesa los fines de semana. La mayor sorpresa de la jornada es, indudablemente, encontrarse a dicha guardesa protegida del sol, en el zaguán de un venerable caserón, leyendo *Ozono, Reporter* y *Diario 16*. "Los traen los veraneantes a Villalba", confesaría después. Parece acostumbrada a recibir forasteros. Es lacónica y hábilmente concreta en las respuestas. Su categoría de "mujer de un



Las edificaciones auxiliares son de mampostería, unidas a la vivienda por tejadillos que delimitan patios y huertas.



vecino" le hace sentirse investida de un halo de popularidad. Habita, como los restantes zaballenses, en Villalba, aunque, eso sí, perfectamente diferenciada. "Los de Zaballa estamos muy unidos", afirmaría.

Zaballa se asienta en una garganta, abierta al naciente, encajonada en la sierra. Posee nobleza y presencia. Todo lo contrario de Villalba, en cuya competencia administrativa está inmerso, Zaballa es un pueblo definido, acorde con su entorno geográfico. Casi podría

ser calificado como una admirable simbiosis entre Naturaleza y habitación. Se mantienen en pie — y generalmente en óptimas condiciones— seis casas, que corresponden a los "seis vecinos de Zaballa". Cada "casa" es, en realidad, un conglomerado de corrales, graneros, patios y establos. En cada "casa" de Zaballa puede habitar —ha debido de habitar en su Historia— un extenso clan. La edificación principal de cada "casa" se asienta sobre gruesos sillares, con muros de piedra labrada, contrastando con las construcciones anexas, más bajas y de mampostería en seco. La vivienda principal en cada "casa" es de dos plantas, con tejado a dos aguas de pronunciada pendiente para las nieves. Todas las edificaciones están techadas en una admirable teja árabe de color patinado y uniforme.

"En el año treinta y cinco —comenta uno de los vecinos— éramos casi veinte en el coro". Naturalmente en Zaballa hay iglesia. Majestuosamente colocada en la cúspide del promontorio roquero sobre el que se asientan las "casas". Hay iglesia, digna, de mampostería seca, pero no hay culto. "Estos curas jóvenes son todos medio rojos", comenta por lo bajo un vecino al que se le atribuyen dotes de cacique. En la iglesia de Zaballa existe un atrio cerrado, con una hermosa puerta ojival que da acceso a la nave central y que

obliga a suponer anteriores construcciones, más estilizadas. En el campanil, con un mirador al Mediodía, penden dos descomunales campanas fechadas en 1818 y con una inscripción en cintillo a lo largo de su perímetro: SOI LABOZ DEL ANOEL. En un patinillo adosado se desarrolla un minúsculo cementerio abarrotado de tumbas y con una sola cruz. La iglesia fue desastrosamente remozada en 1905. Los brochazos del enjalbegado apenas alcanzan a ocultar la policromía —posiblemente del siglo XVI, aseguran— en muros y arcaídas de piedra.

Los "seis vecinos" representan realmente a unas cuarenta personas entre "niños, mujeres y otros familiares". Entre todos poseen algo menos de mil hectáreas que se desparraman monte abajo. "Si quieren vender, que vendan", repiten machaconamente algunos vecinos de Villalba que han subido hasta Zaballa para "ver cómo va la venta". Poseen también pequeñas fincas y algunas huertas en Zaballa. La hostilidad a la venta está en el precio (setenta millones) y en el método (venta global, sin parcelaciones). En Villalba aseguran que detrás de la venta "hay mucha política". Algunos compradores alertados por la prensa se tropiezan a su llegada a Zaballa con el muro infranqueable de los setenta millones. Hay una inexplicable resistencia por parte de los "seis vecinos" a vender en porcio-

nes o con facilidades. "Setenta millones sólo los tienen los vascos", sentencia la guardesa. Zaballa está a 50 kilómetros de Bilbao.

Ya existió, algunas semanas antes, una subasta declarada desierta. En el momento de nuestra visita —en la, actualmente, imprecisa efemérides del 18 de julio— se esperaba una nueva subasta para fines de julio. "Está todo amañado —comentan a la sombra del paredón Norte de la iglesia los curiosos de Villalba—, hay alguien en la política que ya tiene comprado Zaballa y está fallando en las subastas para rebajar el precio". Los propietarios, conscientes de su papel de vendedores, hablan en hipérbole del lugar. Por contra, los de Villalba exageran los inconvenientes. Hay, sin embargo, algunas huellas inequívocas de la dureza de la vida común a los pueblos serranos de la España agrícola y ganadera. Las torrenteras abiertas en los peñascos sobre los que se alza Zaballa han dejado surcos profundos en el camino, removiendo el empedrado. El alumbrado es precario (los vecinos de Zaballa deben su parte de conexión a Ibañeta desde que se inició, hace años, la reconversión de todos los pueblos del valle de Losa que antes se suministraban de centrales privadas, locales. La parte de Zaballa supera el millón de pesetas). La nieve —según los testigos más ecuanímenes— cubre más de treinta centímetros una buena parte del invierno.

—La juventud no quiere vivir aquí —dice Fidel, un concejal de Villalba—. Se marchan a Bilbao, Miranda de Ebro o Madrid. Algunos han ido a Alemania o Francia. La huida de la juventud arrastra a los mayores. En todo el valle la mitad de los pueblos están desiertos. Ninguno, no obstante, ha provocado una polémica tan viva como la subasta de los setenta millones de Zaballa.

—Aquí siempre se estuvo con el Gobierno —aduce prudentemente José, el alcalde de Villalba—. En las elecciones le salieron más de cien votos al Centro de Suárez.

No hubo campaña electoral. Nadie quiere hablar de política, "porque ya se sabe lo que pasa después". En el valle de Losa se estuvo, en 1936, con el general Mola y "los que hablaban de política no lo contaron". En 1937 llegaron los italianos de CTV y, posteriormente, los marroquines de Regulares o Mehala. "Había pocos españoles con los nacionales al principio —comentan—; después nos movilizaron". Con el vino blanco del tabernillo para combatir el calor se va venciendo la resistencia a explicar las elecciones.

ZABALLA, UN PUEBLO EN VENTA

—Aquí siempre se estuvo con el Gobierno —insisten—, por eso nos extrañó mucho que salieran veintisiete papeletas al Obrero.

—¿Y los comunistas?

Tras unas risas nerviosas, la confesión:

—Salieron dos comunistas, pero aún no sabemos quiénes son... A los del Popular les salieron nueve papeletas.

Delante de la iglesia existe una explanada cercada en piedra, con unos troncos de roble envejecido tumbados. Antes —la fecha clave en la pérdida de identidad del pueblo puede estar entre 1945 y 1950— se jugaba a los bolos los domingos. Había también —según sucinta confesión de algunos— juego de "llave" con rodajas metálicas que se arrojaban sobre barras giratorias. Con los años, el recinto para los bolos se vio invadido de matorrales. Los escalones que descienden de la iglesia hacia las "casas" de Zaballa, entre huertos de frutales y hortalizas, se han ido desprendiendo. La iglesia —carente de culto en el último lustro— se ha comunicado así de los clanes vecinales.

"Si esto lo compra algún acudado industrial para recreo —dice el párroco, que se desdobra por los pueblos del valle y que acaba de llegar sudoroso— y lo cerca para él solo, sin crear puestos de trabajo en cantidad, aunque rehabilite la iglesia, me negaré a que se establezca aquí una Misa para señores..."

—Lo que dije —guiña el ojo con manifiesta complicidad una villalbina que ha acompañado al marido en la ascensión a Zaballa—, medio comunista.

El abandono masivo de pueblos va acompañado de una adaptación —a veces dolorosa— a los nuevos tipos de sociedad industrial. En esa transferencia, el campesino se inserta en el nuevo sistema desde su nivel más bajo. Así, uno de los vecinos de Zaballa, obrero sin cualificar en Bilbao, tiene —según manifestaciones de sus parientes— un piso "hermoso" en una de las zonas más contaminadas de Vizcaya. Ha abandonado un medio de dimensiones históricas considerables (cualquier vivienda de Zaballa serviría para albergar, bajo el punto de vista de la sociedad funcional e industrial, a numerosas familias) en donde las distancias y el volumen están perfectamente acoplados a la Naturaleza circundante, para integrarse a un nuevo sis-



La puerta de la iglesia obliga a pensar en construcciones anteriores, más estilizadas.

tema de medidas estrecho e inadecuado. "Aquí se muere uno de tristeza —dice, en cambio, la guardesa—; en Berberana o Miranda se divierte uno viendo pasar los coches". La televisión es una referencia obligada. En los telefilms no aparecen pueblos como Zaballa, "hay más vida", dicen.

En el antiguo juego de bolos se congregan algunos vecinos y curiosos. Se va a llevar a cabo el inventario de la iglesia antes de la próxima subasta. Desde esa balconada natural resulta fácil identificar los tejados del caserío. La garganta se abre mostrando una depresión sobre la que se asientan la mayor parte de las tierras de Zaballa, al menos las tierras de labor. Algunas huertas próximas a la fuente están minuciosamente cultivadas. Inesperadamente, una de las chimeneas, esbeltas, coronada con una piedra plana, filtra una humareda. El vecino-proletario ha subido desde Villalba y prepara comida para sus numerosos parientes. Don Luis, el párroco, llega en mangas de camisa desde Quiñoces. Se abre la puerta oji-

val. "¿Se vende con iglesia?", preguntan. Don Luis, de buen humor y con una libreta de hule, penetra en el recinto. Huele a humedad y a madera podrida.

Doble arcada y un altar barroco sobrecargado de panes de oro a medio desprender. Un coro que amenaza ruina (con un hermoso arcón tallado en una sola pieza de nogal) y un diminuto baptisterio, en el que apenas cabe una pila bautismal, profunda, labrada en piedra arenisca. Abundan los libros-registro parroquiales, algunos fechados en 1647. Casullas, albas, un espejo de azogue sin pulir. Amplias alacenas de nogal con ornamentos rituales, e incluso un palió de lana burda y varaes a medio desbastar. Algunas imágenes talladas en madera, atacadas ya por la polilla. "¿Cuánto valdrá todo?", preguntan los familiares de los vecinos-propietarios. Don Luis, impasible, continúa levantando inventario de su antigua parroquia, compartida con el resto de caseríos y poblados del valle.

El valle de Losa, como casi todo el valle del Ebro al que se

accede por el desfiladero de Pancorbo, es subsidiario del País Vasco. Representa una zona de transición en la que el sector agrícola, en continua degradación, proporciona material humano suficiente para las industrias vascas. La antigua Cabeza de Castilla funciona como un vivero de emigración. Atrapada en una estructura agraria insuficiente, la Castilla rural se ve imposibilitada de atajar el éxodo y despoblamiento sistemático de sus núcleos agrícolas. La solución —cuya complejidad sobrepasa, desde luego, la exigüedad de estos apuntes de viaje— implica una actitud política, social y económica que nadie parece, de momento, capacitado para ofrecer. Mientras tanto, pueblos como Zaballa pierden su sentido histórico, ya no sirven para albergar a una comunidad que se aleja en busca de lo que ella considera ventajas de la sociedad tecnológica. Por otra parte, permanecen los pueblos como reliquias de una forma de acoplar el hombre y la Naturaleza que debería ser reestudiada con criterios recuperadores.

—Si quieren vender, que vendan —dice Germán, reiterativo—; no seremos nosotros los que se lo imponemos, pero ¿quién quiere venir aquí?

Sin embargo, algunos quieren. Pintores, músicos y otras gentes del arte llegan a Villalba atraídos por la llamada de la prensa. El precio global enfria los ánimos. "Quieren sesenta millones como mínimo —explican—; diez para cada vecino". Los habitantes que abandonaron Zaballa acogidos en Villalba no parecen tener prisa por la venta del pueblo. Los "seis" actúan en bloque. Se habla de una concesión de los montes cercanos. De una concesión minera y otras riquezas ocultas que atraerían a los inmovilizados compradores. Sin embargo, nadie aporta datos concretos. "Tienen mucha imaginación", dice Fidel, que está considerado como el "mejor para las cuentas y la memoria" de todo el Ayuntamiento.

—Aquí siempre se estuvo con el Gobierno —dicen ya al atardecer en la tabernilla de Villalba—. Ese apego incondicional al ejecutivo no impide que no pudiera ser localizado alguien, en el local, que supiese el nombre de un solo ministro. El apellido del actual titular de Agricultura provocaba sonrisas de escepticismo. El anterior, en el segundo Gobierno de la Monarquía, también era desconocido. "Nosotros —explica Fidel— no tenemos que meternos en política; aquí siempre se estuvo con el Gobierno". Después la conversación toma otros derroteros. Se rumorea sobre un supuesto enterra-

miento prehistórico en un cerro próximo a Zaballa.

—Esos sí que eran hombres —comentan.

Como de costumbre, encontradas versiones corren sobre el enterramiento. En lo único que parecen coincidir es en el lugar. En uno de los roquedales próximos a Zaballa. Casi en las cimentaciones de un cercado de piedra que parece servir de aprisco. Según los vecinos —o los familiares— propietarios de Zaballa los huesos encontrados (un fémur, parte de una clavícula, algunas costillas y un cráneo incompleto) corresponden a un hombre de algo más de dos metros de estatura. Los de Villalba, escépticos, no admiten más de 1,90. "Los ponen más grandes por lo de la publicidad", apostillan. En cualquier caso una estatura excepcional si se tiene en cuenta que, por lo general, los pobladores actuales del valle de la Lusa a duras penas alcanzan el metro setenta en el mejor de los casos. Aparentan, sin embargo, una complexión robusta, desproporcionada a su estatura.

Predominan los ojos claros y los pómulos rasgados. Las mujeres que superan la frontera de los treinta visten la tradicional bata veranega. Es difícil encontrar alguna con pantalones. Más difícil aún localizar a los jóvenes. "No quieren esto —dicen—. Miranda de Ebro o Briviesca son más divertidos". En Villalba, sin embargo, toda diversión veranega parece reducirse a las partidas de cartas o algún baño, lejos de las "gentes del camping", en el regato. Los niños con bicicletas suben y bajan las laderas pedregosas de Villalba, algunos corretean en una plazuela ajardinada en la fachada principal de la iglesia en espera del rosario, cuando venga Don Luis.

Queda patente una incongruencia comercial en los antiguos habitantes de Zaballa, hoy integrados

en Villalba. ¿Quién ha peritado los setenta millones de valor global de Zaballa? "Los técnicos", es la imprecisa y vaga respuesta que se puede recabar. ¿Por qué una venta global que reduce sensiblemente el número de compradores? Hay momentos en que parece como si no existiese un decidido propósito de venta y todo se centra en un juego verbal entre las gentes del valle. Un pastor que permanece durante los veranos en Zaballa, acogido a alguno de los múltiples establos del pueblo vacío, comenta que "ya se sabe que nadie va a comprar Zaballa, pero eso es lo que ellos quieren, usted ya me entiende".

En el valle de Lusa los pueblos se vacían. Una forma tradicional de vida se quiebra antes de que el Parlamento bisoño acometa la discusión de la reforma fiscal y, mucho más en la lejanía, se inicie una tímida e inofensiva reforma agraria. Don Luis, el párroco, y José, el alcalde, apuntan la posibilidad de que con la política actual "el dinero no quiera venir al campo". Un vecino de Zaballa se muestra más confiado, "al final, lo único que vale es la tierra", sentencia. Se le intenta explicar que la declaración de intenciones del Gobierno incluye una profunda —en teoría— revisión de los bienes patrimoniales. Una posible finca de caza —que es uno de los teóricos fines de la hipotética compra de Zaballa por parte de unos desconocidos industriales vascos— se vería gravada por el peso de innumerables impuestos. Los vecinos de Zaballa, orgullosos de su popularidad, sonríen incrédulos. "Los que mandan —dicen— ya lo arreglarán todo, como siempre... No se van a lastimar a ellos mismos". Y de nuevo los signos de complicidad de los despechados de Villalba. "Detrás hay mucha política; si quieren vender, que vendan".

■ F. G.



En Santa Gadea muere la provincia y nace la Historia.

Aragón

EL PSA Y EL PCE NO SE FUSIONAN

P PRIMERO se habló de la fusión entre el PSA (Partido Socialista de Andalucía) y el PCE de aquella región. Casi inmediatamente después surgió un nuevo rumor, la posible fusión entre el otro PSA (Partido Socialista de Aragón) y el PCE aragonés.

A pesar de las diferencias existentes entre ambos casos, es sintomático sin duda que dos partidos socialistas regionales pertenecientes a la fenecida FPS intenten despejar una vía más sólida a su futuro incierto. El resultado de las elecciones ha ratificado rotundamente al PSOE como el eje del socialismo español, además de consolidarlo como el partido hegemónico electoral de la izquierda española. Los parcos resultados electorales de los diferentes socialismos regionales que no pudieron formar un conglomerado electoral propio, ha agudizado en su seno esta problemática. Su posición bastante enfrentada al PSOE, claramente en los casos aragonés y andaluz, su autodefinición como marxistas y revolucionarios, así como el carácter prioritario que conceden a la autonomía, implica el replanteamiento de su futuro en este marco estratégico.

En los mentideros políticos zaragozanos se confirmó la entrevista mantenida por Santiago Carrillo y Simón Sánchez Montero con Emilio Gastón, secretario general del PSA. Al parecer no se habló de la fusión. Ciertos sectores de las bases del PCE en Aragón y del PSA mostraban en las últimas semanas, según parece, deseos inequívocos de unión. Tema crucial no resuelto fue el del cambio de nombre. Algunos proponían el nacimiento de un Partido Socialista Unificado de Aragón, acuñado como reflejo de los moldes organizativos y los éxitos notorios del partido de los comunistas catalanes.

Fundado hace año y medio a partir de la antigua Alianza Socialista de Aragón y de otros grupos como Convergencia Socialista de Aragón, el PSA cuenta en la actualidad con algo más de mil militantes. En las elecciones del 15 de junio obtuvo 64.000 votos, el 10 por 100, conquistando un escaño por Zaragoza.

El PCE en Aragón tiene cincuenta años de existencia. Sin el arraigo y la implantación de otras zonas, el PCE fue durante muchos años el único partido que mantuvo viva la llama de la resistencia aragonesa. A fines de los sesenta, la organización universitaria del PCE llegó a contar con 120 militantes y una probada capacidad de dirección del movimiento universitario de aquel periodo. Su desarrollo no ha estado exento, sin embargo, de problemas y errores notorios que han incidido en su progresión.

En las elecciones del 15 de junio, el PCE obtuvo en Aragón 32.000 votos, el 5 por 100. En su conjunto, la región votó a la izquierda, y aparte del éxito del PSOE con sus cinco diputados, no hay que olvidar el 2,5 por 100 del PTE en Zaragoza, uno de los porcentajes más altos alcanzados por esta formación en toda España. Es indudable que el resultado estuvo muy por debajo de las esperanzas del PCE y que en muchos de sus militantes se produjo un cierto desencanto realista. Si a ello unimos la preocupación existente por el futuro de los socialismos regionales, comprenderemos las razones de este sentimiento de convergencia.

Por otra parte, para entender las características de esta proximidad hay que remontarse un poco en el tiempo. El núcleo fundador del PSA estuvo formado por profesionales e intelectuales ligados por razones de amistad a dirigentes del PCE en Aragón o que habían convivido en su actividad cívica con militantes de dicho partido. Vicente Cazarra, secretario regional del PCE, fue compañero de colegio y amigo desde entonces de Emilio Gastón y José Antonio Laborde, por ejemplo. Nada tiene de extraño que la ASA primero y el PSA después fueran acusadas malévolutamente de ser hijuelas del PCE y poco menos que montados por él. La práctica demostró rápidamente que esto no era así. El PSA centró el eje de sus alianzas hacia el MC, con el que colaboró estrechamente y llegó a plantear una candidatura unitaria de la izquierda aragonesa, que finalmente no cuajó. Parece que después surgieron agrias desavenencias entre ambas formaciones y el PSA volvió a replantear su estrategia, buscando una alianza preferencial con el PCE.

Pero decididamente no habrá fusión. Ambos partidos muestran el deseo de una colaboración fructífera que podría llegar a la creación de comités de enlace. Gastón ha declarado que sus contactos con el PCE se inscriben en una serie de intercambios bilaterales con otras organizaciones. Cazarra ha insistido en "las excelentes relaciones que mantenemos con otros grupos democráticos y, en especial, con el PSOE". ■